

o hitos de pensamiento: la noción de América Latina, la idea de una lengua propia, la discusión sobre el indígena, entre muchos otros; *b*) el de los viajes que implica la mirada externa: la *mirada otra*. Algunos viajeros vienen de fuera; otros descubren sus propios lenguajes y culturas; *c*) el de las fronteras, como espacio de contacto donde se desarrolla una cultura específica. En la frontera prospera el *entre lugar* y, por ello, una zona de *entre culturas*; *d*) el de la comprensión de las relaciones culturales, tanto en el plano individual (como el caso de Gabriela Mistral en Brasil) cuanto en el colectivo (por ejemplo, los vínculos en el área conformada por Brasil, Uruguay y Argentina).

Para concluir, habría que reconocer la coherencia interna entre los textos que conforman *El sur y los trópicos*; todos arrojan luz sobre un contexto amenazado por la extrema perentoriedad que la globalización impone en todos los planos (cultural, tecnológico, económico, político...). En este ámbito, sin embargo, la patria grande manifiesta su más profundo ser, aún desgarrado: “al finalizar el xx en América Latina constituimos culturas que, escindidas por una parte y tensionadas por imposiciones externas por otra, van transformando su desgarramiento en vibración estética, consolidando en belleza su irresolución, experimentando de este modo con dolor el parto de sí mismas”.

ANTONIO CAJERO
El Colegio de México

ARCADIO DÍAZ QUIÑONES, *Sobre los principios: los intelectuales caribeños y la tradición*. Universidad Nacional de Quilmes, Buenos Aires, 2006; 526 pp.

Hay libros que son el fruto del trabajo de toda una vida académica; no creo equivocarme si aseguro que es el caso de esta nueva publicación de Arcadio Díaz Quiñones. Es indudable que en este volumen se representa la culminación de varios años de esfuerzo y, al mismo tiempo, un mapa precioso y preciso –casi una enciclopedia– para orientarse en las discusiones intelectuales en el Caribe hispánico desde finales del siglo xix hasta mediados del siglo xx. Pretender abarcar su riqueza en unas cuantas páginas es tarea destinada al fracaso; las líneas que siguen sólo intentan dar un panorama, general y escueto, de las distintas vetas que el libro explora para aquellos que pudieran interesarse en estos temas.

El libro analiza una o varias obras de siete escritores: Pedro Henríquez Ureña (República Dominicana), Tomás Blanco (Puerto Rico), Fernando Ortiz (Cuba), José Martí (Cuba), Ramiro Guerra y Sánchez (Cuba), Antonio S. Pedreira (Puerto Rico) y la visión que del Caribe

hispanico tiene Marcelino Menéndez y Pelayo. Una idea central estructura el desarrollo de los seis capítulos: la búsqueda y el establecimiento de una tradición. Díaz Quiñones analiza las obras de estos autores para mostrar el punto de partida desde el cual estructuran su idea del comienzo de la tradición cultural o literaria. Cada uno de los capítulos constituye prácticamente una biografía intelectual del personaje tratado. Sus múltiples referencias y conexiones con las discusiones políticas y sociales son iluminadoras. Con la biografía intelectual de cada uno de ellos, Díaz Quiñones realiza una radiografía de la vida intelectual de la región. Del personaje pasa a las disputas sociales; de la escritura individual, a los prejuicios sociales. Con ellos, muestra los alcances y los prejuicios, las perspectivas y las limitantes de sus proyectos. Tal vez se podría asegurar que con los análisis de Díaz Quiñones se asiste a los albores de una crítica de la razón nacionalista, racial, paternal y sexista de las islas, manifiesta en la conformación de las tradiciones literarias y culturales. El primer capítulo trata sobre la famosa *Historia de la poesía hispanoamericana* (1911-1913) de Menéndez Pelayo. Díaz Quiñones establece una red densa de relaciones entre el discurso hispanizante de Menéndez Pelayo y la pérdida de las últimas colonias del imperio español. Después de la derrota militar, Menéndez Pelayo emprendió la tarea de reestablecer el dominio hispánico en la poesía. Su *Historia*, con sus omisiones y sus silencios, pretendía restablecer como origen a un imperio que en términos militares y políticos había sido derrotado. La apuesta era clara: reestructurar un imperialismo discursivo donde el archivo poético de las colonias reforzara el valor de la metrópoli. A decir de Díaz Quiñones, la *Historia* de Menéndez Pelayo realiza un triple movimiento: 1) con ella construyó un gran relato donde las historias de los países hispanoamericanos sólo son variaciones de España; 2) su *Historia* renovó la preeminencia de España como centro legitimador de las elites nacionalistas y 3) consolidó “un hispanismo que dejó su impronta en quienes lo llevaron a la práctica como política estatal en España y en los países hispanoamericanos” (p. 68).

La *Historia* de Menéndez Pelayo no habla de las culturas indígenas en el continente porque son “opacas, incoherentes tradiciones de gentes bárbaras o degeneradas”, tampoco trata la importancia de las culturas africanas –elemento sustancial en el caso del Caribe–, muchos menos habla de la heterogeneidad española en las islas; ni una palabra de la presencia catalana, valenciana, canaria, gallega, vasca. De alguna manera, Menéndez Pelayo construye una unidad cultural de herencia hispánica en América. Todo esto marcó el hispanismo académico del siglo xx. El año de 1898 es singularmente humillante para España; la antigua metrópoli pierde sus últimas colonias: Cuba, Puerto Rico y Filipinas. No es casual que Menéndez Pelayo intente en su *Historia* restaurar el lugar central de la “madre patria” no sólo

frente a las independencias, sino frente al poder estadounidense. Sin embargo, en su intento se encontró con figuras que se resistían a entrar en su relato. Con ellas mantuvo un silencio inquisitorial.

El texto de Menéndez Pelayo comienza apelando a las verdades de la “Historia”, sin tomar en cuenta la perspectiva desde la que escribe, sin reconocer que en su percepción, en su selección y en sus juicios se deja escuchar la voz autorizada de un imperio que pretende restablecer su primacía cultural sobre un territorio textual. Desde un inicio, la *Historia* rastrea los orígenes de la tradición en los centros irradiadores de la cultura del libro. La dicotomía oralidad-escritura yace latente en el arranque de su texto. Las capitales americanas, donde se establecieron las primeras imprentas y donde se dieron a conocer las primeras publicaciones, son tratadas de manera extensa y profusa. México, Perú y Colombia, por lo tanto, son el centro de su relato, pero al mismo tiempo son los mejores ejemplos de continuidad arquetípica de la metrópoli. En este comienzo de la tradición hay algunos puntos conflictivos: Argentina, por su dispersión geográfica, le parece inasible; el Inca Garcilaso, cuyo libro “representaba al alma indígena”, resulta ambiguo. Sin embargo, los personajes más conflictivos son los independentistas. A Heredia lo censura por separatista; a Sarmiento lo tacha de loco e ignorante, pero también de original; las voces femeninas son simplemente escasas. En lo que respecta al Caribe, Menéndez Pelayo hace gala de una perfecta ignorancia sobre la cultura afrocaribeña. Plácido, el novelista y poeta mulato originario de la isla de Cuba, le resulta un salvaje genio. Santo Domingo ocupada por Haití se barbariza. Toda la tradición crítica separatista de las Antillas es excluida: José Martí, Eugenio M. de Hostos, Salvador Brau, Enrique José Varona, Emeterio Betances son silenciados u omitidos. Sus posturas políticas le resultan conflictivas.

En un apartado interesante de este capítulo, Arcadio Díaz Quiñones establece los vínculos entre el intento imperial de Menéndez Pelayo y los orígenes del hispanismo académico en los Estados Unidos. Los datos que el investigador presenta son reveladores sobre el proceso de institucionalización de una disciplina que, a finales del siglo XIX y en pleno proceso de expansión imperial de Estados Unidos, se interesa por la fuerza mítica y simbólica de la España literaria, mientras que las letras de América Latina se vuelven apenas un apéndice poco relevante. En las primeras dos décadas del siglo XX se fundan en Estados Unidos instituciones centrales para la difusión del estudio de las letras hispánicas: la Hispanic Society of America en 1904; *Hispania*, la revista especializada en las letras de esta lengua, surge en 1917. Díaz Quiñones asegura que “Se reimaginaba a España como el pasado prestigioso de la América Latina” (p. 149). Dos españoles fungieron como impulsores de este imaginario en la academia estadounidense: Américo Castro y Federico de Onís. “La canonización de la literatura

española tuvo éxito en los Estados Unidos: el hispanismo del siglo xx es inseparable de la producción y las bibliotecas norteamericanas, y de los Hispanic Studies o los Spanish Departments. Uno de los resultados fue la frecuente subordinación de la literatura hispanoamericana” (p. 150).

Otra sección interesante de este primer capítulo trata la relación entre Puerto Rico y la *Historia* de Menéndez Pelayo. A los ojos del polígrafo de Santander, Puerto Rico carecía de un pasado y una tradición literarias; por consecuencia, era un pueblo sin escritura y sin memoria. Tal vez en desacuerdo con esta idea, Alejandro Tapia y Rivera se dio al trabajo de publicar una colección de literatura puertorriqueña que rescatara y construyera una tradición. No obstante, en ambas posiciones, que privilegian por igual el libro sobre la palabra hablada, se deja de lado la tradición oral. Díaz Quiñones cierra este capítulo con una cita de Antonio Benítez Rojo que resume en gran medida la visión del Caribe que el propio Díaz Quiñones ha ido denunciando a lo largo de casi cien páginas: “Todo caribeño, al final de cualquier intento de llegar a los orígenes de la cultura, se verá en una playa desierta, solo y desnudo, emergiendo del agua salada como un naufrago tembloroso, sin otro documento de identidad que la memoria incierta y turbulenta inscrita en las cicatrices, en los tatuajes y en el color mismo de su piel” (p. 166).

El segundo capítulo es quizá el mejor logrado del libro, por lo menos es el que más me impresionó. Se trata de una biografía intelectual de Pedro Henríquez Ureña que ofrece un relato sintético, y denso al mismo tiempo, de la vida del autor y de la forma en que esto se relaciona con las ideas fundamentales de su obra crítica. En las ochenta páginas de este apartado se reestablece un mundo de vínculos intelectuales y artísticos, así como las contradicciones más íntimas del maestro dominicano. Tres son las líneas de análisis que Díaz Quiñones sigue en su investigación sobre Henríquez Ureña:

1) La nación. La carrera de Pedro Henríquez Ureña descansa en la elaboración de una tradición nacional dominicana. Este punto, menoscabado por el gran aliento americanista del crítico, suele pasar inadvertido. En este capítulo, Díaz Quiñones demuestra que la idea de nación en Henríquez Ureña, al igual que sus demás aspiraciones, se funda en su propia familia. La fundación de la patria es el relato de una genealogía y de un linaje íntimo. Las aspiraciones públicas de la colectividad se ven reflejadas en las hazañas privadas de los individuos. Pedro Henríquez Ureña narra la historia y la identidad de la República partiendo de la mancuerna conformada por la madre Salomé Ureña (poeta nacional y promotora de instituciones educativas) y el padre Francisco Henríquez y Carvajal (presidente constitucional derrocado por la intervención norteamericana). “La *tradición* del pequeño país no era una página en blanco. Tenía sus *comienzos*: un mundo político

cultural que se anuda con lo familiar, sin lo cual su propia obra resulta impensable” (p. 194).

2) El exilio. Los sucesivos y constantes exilios llevaron a Henríquez Ureña a repensar la tradición. Su condición de crítico errante le ofreció la posibilidad de apropiarse de múltiples orígenes. La experiencia de marginalidad y exclusión que conoce en su vida neoyorkina, mexicana y argentina dan al crítico dominicano un carácter de *outsider*, siempre en la ambigüedad de estar, al mismo tiempo, dentro y fuera. En Nueva York (1901-1904), además de vivir la experiencia de la ciudad moderna, se acerca a la lengua, a la literatura y a la cultura norteamericanas; cumple la función de puente cultural. En México no sólo fue el principal impulsor del Ateneo de la Juventud, sino que redefinió, con sus estudios y ensayos, el canon literario del país. En Argentina colaboró con diarios y revistas (entre ellas *Sur*), hizo trabajo editorial en Losada, participó en el Instituto de Filología de Amado Alonso e impartió clases en distintas instituciones. Pese a su importancia en la vida cultural, Pedro Henríquez Ureña nunca alcanzó un papel protagónico en México o en Argentina. Todo lo contrario; nunca obtuvo una cátedra definitiva en ninguno de estos dos países y siempre fue víctima del racismo. La prensa en México lo tildaba de “negrillo haitiano”. Los intelectuales y los estudiantes en Buenos Aires y en La Plata le ponían mote despectivos por su “tez cetrina” y “su acento dulce”. Su condición de exiliado lo enfrentó a distintas tradiciones que incorporó a sus propias ideas, aunque no fue un incondicional de las ideas ajenas.

3) El orden hispánico. El origen de la tradición hispanoamericana para Pedro Henríquez Ureña se encuentra en la colonia. Al situarla en ese tiempo, el aspecto que resalta es el origen hispánico. Si bien en algún momento el maestro dominicano alaba las culturas indígenas, lo hace sólo porque continúan el legado ibérico integrándose a él. Las culturas afroamericanas, en cambio, son para él sinónimo de barbarie y en su obra siempre significan una presencia ominosa. Haití no dejó de ser nunca una amenaza para el legado castizo de la tradición dominicana. Entre líneas, Arcadio Díaz Quiñones señala una contradicción en el retrato intelectual de Henríquez Ureña. La tez y el acento del habla del maestro dominicano son rasgos que lo estigmatizan; encarnan la amenaza de lo otro (del negro, del árabe sublimado, del exótico). Pareciera que la exclusión de las culturas negras en sus obras es una forma de exorcizar, mediante la escritura, la propia estigmatización.

El capítulo tercero trata sobre un topos central en la poética de José Martí: la guerra. La temática que se deriva de ella lleva implícita una añeja discusión, sobre todo en la literatura del siglo de oro: la de las armas y las letras. Díaz Quiñones toma el texto que Martí escribió en 1885 sobre el general de la independencia norteamericana, Ulises

S. Grant, y analiza la imagen que ofrece tanto del héroe guerrero como del héroe letrado, para luego poner el escrito en relación con los debates que en esos momentos se daban sobre la guerra de independencia en Cuba. Díaz Quiñones demuestra así cómo, de manera oblicua, Martí diseña el perfil y las tareas que él mismo, en tanto político y poeta, se asigna al entregarse a la lucha por la independencia de la isla. Las relaciones son reveladoras en más de un sentido. A partir de ese texto, el crítico reconstruye no sólo un elemento clave en el imaginario poético martiano, sino una serie de disputas políticas e intelectuales de la época, en especial sobre el caudillismo y la suerte de la República futura. Díaz Quiñones resalta el carácter alegórico y sintético de un escrito poco estudiado. Las figuras de Grant y de su consejero Rawlin sirven a Martí para potenciar dos fuerzas simbólicas que desde muy temprano ya están en su imaginario literario: el guerrero y el poeta. Grant, el general, es retratado en sus dimensiones épicas; Rawlin, el consejero sabio, cumple el papel del poeta: ve por encima de los acontecimientos. En el fondo, sostiene Díaz Quiñones, Martí está inscribiéndose en los debates que se libran en torno a la función que el intelectual y el militar deberían realizar en la construcción de la nación latinoamericana y cubana. El guerrero independentista cumple su papel heroico en las batallas, es una montaña de valor y coraje; el poeta-profeta-cronista posee la visión panorámica que da sentido a los avatares de la guerra. No es difícil desprender de este ideario que la misión de Martí es la del profeta-cronista: “El narrador, guiado constantemente por la razón ilustrada y por la poesía visionaria, puede ver –comprender– más y mejor que el propio héroe épico. Martí debe recurrir al lenguaje místico, pues sólo unos «pocos» pueden vislumbrar en la imagen de la humanidad desgarrada la «suprema dicha» que le aguarda a la especie humana” (p. 284). Con su texto sobre Grant, Martí crea un retrato del letrado y de su tarea interpretativa que es también un autorretrato: “Desde lo alto –y con su veedor ojo– el letrado puede interpretar el significado de las muertes de los arquetipos y de la resurrección posible. Era necesario comprender la violencia tremenda de las guerras liberadoras desde las nubes, para descifrar los sentidos trascendentes de orden espiritual e histórico y para distanciarse del dolor y sacrificio que son indispensables para fundar la nación” (pp. 286-287).

El capítulo cuarto trata sobre un concepto que se ha vuelto clave en la interpretación cultural y literaria de los últimos años: la transculturación. Fernando Ortiz, el artífice del concepto, elaboró dicha idea, en la primera mitad del siglo xx, al analizar los procesos culturales de las poblaciones afrocubanas. A decir de Díaz Quiñones, la crítica ha construido una concepción lineal en el desarrollo intelectual de Fernando Ortiz; se ha querido ver en su labor erudita un trayecto lógico que va de los primeros estudios criminológicos, basados en las

nociones de herencia y atavismo del criminólogo italiano Lombroso, a las reflexiones sobre la hibridación y mezcla cultural inmanentes en el concepto de transculturación. En este periplo se ha pasado por alto que entre el positivismo rígido de los primeros trabajos y la propuesta transcultural de Ortiz, media todo un movimiento espiritualista que influyó decisivamente en la conversión y desarrollo intelectual del antropólogo cubano. Allan Kardec, el fundador del espiritualismo cientificista, proporcionó a Ortiz herramientas valiosas “para comprender la cuestión racial desde una teoría evolutiva que abarcaba la espiritualidad nacional, el derecho y la religión” (p. 294). La idea de la transmigración de las almas de Kardec se convirtió, en los textos de Ortiz, en el concepto de transculturación. Díaz Quiñones también menciona, breve pero sustanciosamente, la influencia de las ideas espiritistas en el campo intelectual latinoamericano (Darío, Madero, Haya de la Torre), lo cual invita a pensar que la atención que Ortiz prestó al espiritualismo no haya sido un hecho aislado en las discusiones culturales del momento.

El capítulo quinto bien podría ser considerado como el prolegómeno a una crítica de la razón racista y sexista en el Caribe. El autor analiza dos libros fundacionales para la tradición historiográfica y ensayística de sus respectivas naciones en la primera mitad del siglo xx: *Azúcar y población en las Antillas* (1927) del cubano Ramiro Guerra y Sánchez e *Insularismo* (1934) del puertorriqueño Antonio S. Pedreira. En ambos libros se construyen relatos sobre la nación y se definen tradiciones intelectuales. “El discurso nacionalista supone la localización de un comienzo para la nación y, a veces, la elección de un comienzo (punto de partida) para la tradición intelectual que le permita al letrado definir la cultura nacional y reinscribir su pasado” (p. 321). Tanto Guerra como Pedreira elaboran la imagen de un sujeto de la nación en un contexto de plena dependencia colonial y bajo una economía dominada por los grandes latifundios azucareros.

Guerra publicó su libro en un momento crítico de la expansión azucarera norteamericana en Cuba; el latifundio extranjero no sólo desplazaba a los pequeños propietarios nacionales, sino que generaba la inmigración de mano de obra barata de las islas aledañas, en especial de Haití y Jamaica. Este hecho generó alarma. La disyuntiva parecía clara: o latifundio o República. No es de extrañar, por lo tanto, que Guerra haga una larga y continua celebración de sus antepasados hacendados criollos. Frente al protectorado norteamericano y el acaparamiento de las tierras azucareras, Guerra llama a defender una forma de propiedad y un sujeto destinado a salvaguardar la identidad de la nación: el criollo hacendado. Sin embargo, la reivindicación e inclusión del criollo implicó la negación y la exclusión de las comunidades afrocubanas. El latifundio extranjero era una amenaza no sólo porque suponía la destrucción de una forma de propiedad,

sino también, y sobre todo, porque implicaba la inmigración de poblaciones negras. Guerra construye todo su discurso nacional en torno a la inferioridad y la superioridad de las razas. Por un lado, se encuentra la nación representada por el hacendado criollo –blanco y letrado– y, por otro, la masa de inmigrantes negros, semi-bárbaros e ignorantes. Con su escritura histórica, Guerra pretende poner en evidencia un pasado glorioso y presentarse como el heredero de ese proyecto. La nación celebrada combatía al imperio naciente, pero excluía a otros sujetos.

Algo similar pasa con Antonio S. Pedreira en Puerto Rico. La imposición de la ciudadanía norteamericana a los puertorriqueños en 1917 despertó una serie de discusiones sobre la identidad cultural de la isla y avivó los debates políticos. En *Insularismo* (1934), Pedreira utiliza varias metáforas de encierro y aislamiento para caracterizar el estado espiritual de la nación: encierro físico, geográfico, moral e intelectual. Su escritura pretende ser una forma de búsqueda del alma colectiva. Con ella quiere reestablecer el *telos* de la nación que se vio frustrado con la invasión norteamericana en 1898. Pedreira idealiza un paraíso perdido en el pasado ideal de los pequeños hacendados y delata un presente decadente de grandes corporaciones azucareras. Las concepciones raciales subyacentes en el texto son categóricas: la raza africana es inferior, la europea representa la razón ilustrada, el mestizaje es la confusión y lucha entre dos razas antagónicas (una inferior y la otra superior). La sangre europea impulsa al heroísmo; la negra, a la indecisión y la bajeza. Hasta aquí, Pedreira comparte con Guerra el horror a las culturas afrocaribeñas; sin embargo, hay algo que lo distingue: su temor por las mayorías sociales y las mujeres. Él, como parte de la elite letrada, se siente amenazado por los plebeyos ineptos. Considera que la democratización de la enseñanza rebaja a los mejores y siente que las mujeres representan un poder maléfico que invade el espacio educativo. A sus ojos, las mujeres, al educarse, se habían apropiado de una función propia de los hombres. A partir de estos paradigmas, el orden nacional que Pedreira expone, cuyos héroes son los abolicionistas y autonomistas del siglo XIX, modelos de honradez patriótica, es profundamente paternalista y sexista. Con ellos construye el espacio para el liderazgo político e intelectual de una elite letrada, blanca y masculina. Tanto el ensayo de Guerra como el de Pedreira son un homenaje a la memoria de los letrados liberales de la generación anterior cuya autoridad buscaban recuperar.

El último capítulo de este libro traza el desarrollo intelectual del escritor puertorriqueño Tomás Blanco. Díaz Quiñones señala que las posiciones iniciales de Blanco, en su *Prontuario histórico de Puerto Rico* (1935), sufren un cambio diametral veinte años después con la publicación del ensayo-poema: *Cinco sentidos* (1955). En el *Prontuario*, Blanco pretendía reestablecer la memoria histórica de la nación; sus

posturas se inscribían en la búsqueda de una identidad nacional. En *Cinco sentidos*, por el contrario, no trataba el cuerpo de la nación, sino la sensibilidad del puertorriqueño, sobre todo en su relación con el lenguaje. El cambio era notable: del espacio público de la patria, se pasaba al espacio íntimo. Con este viraje, Blanco delinea las coordenadas para un nuevo comienzo en el campo cultural puertorriqueño: se reafirma una cierta autonomía del arte y del campo intelectual. El artista se aleja del bullicio político y público y se encierra en el aura del ámbito poético; con ello emerge una nueva idea del intelectual y el artista independiente. Díaz Quiñones realiza un análisis pormenorizado de todos los factores culturales y estéticos que acompañaron este proceso: desde la filigrana filológica presente en la escritura de *Cinco sentidos*, hasta el trabajo editorial artístico de las imprentas puertorriqueñas de esos años, pasando por la colaboración constante entre artistas plásticos y poetas y la función del mundo bohemio de San Juan. El trabajo de reconstrucción del contexto político, social y cultural en el cual se inscribe *Cinco sentidos* es pormenorizado. Díaz Quiñones muestra el mundo panfletario, donde se alaba el progreso, la técnica y el Estado Libre Asociado, analiza el discurso político de los años inmediatos a la publicación de *Cinco sentidos* y establece un contrapunto entre el discurso literario y el social. Blanco, ante el pregonado progreso, reivindica una modernidad arcaizante. Su discurso de valoración de lo poético es el resultado de un movimiento de autoconservación frente al vertiginoso cambio tecnológico. En *Cinco sentidos* hace un inventario-catálogo de las esencias de la vida puertorriqueña; se detiene en la flor de caña, en el aroma del café, en la sonoridad nocturna del coquí, en las frutas tropicales y en las brisas insulares. La patria es una tierra natal llena de objetos, olores y sentidos. Frente a la velocidad moderna de una vida urbana desarticulada, ruidosa y neurótica, Blanco asume una poética señorial y pasatista donde lo que importa es una reconciliación con la tierra. El intelectual defiende un nuevo espacio: el de la relativa autonomía de los hechos artísticos.

Son muchos los aspectos de la vida intelectual caribeña que Díaz Quiñones ilumina con sus análisis. La abundante y bien asimilada bibliografía le permite trazar el paisaje de un mundo cultural en efervescencia. No resta más que celebrar la aparición de este libro que, sin lugar a dudas, se convertirá en un clásico, indispensable para todo el que quiere pensar la historia intelectual de la región y del continente mismo.

SERGIO UGALDE QUINTANA